

Espacio Creación/Creation Space

Álvaro Antonio Bernal
University of Pittsburgh at Johnstown, EE. UU.
alvaro.bernal@pitt.edu

Consuelo Triviño (Colombia)



Consuelo Triviño, narradora y ensayista colombiana de reconocida trayectoria. Ha publicado varias novelas y diversas colecciones de cuentos, entre las que sobresalen: *Siete relatos* (1981), *El ojo en la aguja* (2000), *La casa imposible* (2005), *La letra herida* (2012) y *Extravíos y desvaríos* (2013). Sus cuentos han sido traducidos a otras lenguas e incluidos en numerosas antologías y en revistas literarias y académicas de prestigio internacional. Se puede escuchar el cuento “La casa imposible” leído por la autora en YouTube. El relato a continuación es inédito. Agradecemos la generosidad de la autora al autorizar su publicación en MARLAS. La página web personal de la autora: www.consuelotrivinoanzola.com. Su blog: consuelotrivinoanzola.blogspot.com. Su email: consuelo.trivino@gmail.com.

“La traición de Horacio”

Mi madre está un poco loca, unas veces se enfada por tonterías, otras ni se entera de las cosas gordas que suceden alrededor. Lo peor es que cuando se lo dices niega lo evidente con feroz intransigencia. Para colmo, es sorda del oído izquierdo, de lo que pasa a la derecha, ni se entera. Esto la irrita y lo noto en sus gestos, en el tono con el que responde, cuando intento hacerle ver el “lado malo de la realidad”. Si le hablas por donde no debes parece que te escucha, pero no, se queda mirándote con cara de te voy a matar, mientras te pide despacio que se lo repitas con fingida amabilidad, girándose hacia el lado izquierdo.

La semisordera de mi madre no es la única causa de su malestar en el mundo, ni de la mala relación que tenemos, aunque influye cuando nos sentamos, yo su izquierda, obviamente, tratando de aclarar algún malentendido. Entonces, cada matiz adquiere una importancia descomunal, lo que te obliga a emplear más palabras, hasta que olvidas el motivo de la disputa. Las explicaciones van saliendo en tropel y se amontonan como pedruscos que te aporrean. La discusión se prolonga de manera intolerable y hay que cortar en seco. Algunas veces pienso que esa tensión es justamente lo que ella desea. Precisamente, la verborrea con su carga de desconfianza o inseguridad, mezclada con adrenalina, es el combustible que necesita para funcionar al ritmo que ella le impone a su organismo.

Al principio, quiero decir, cuando mi madre sintió un ruido por dentro y fue al otorrino, tuvo que asumir que no oiría jamás por ese lado, lo que ocurrió hará unos diez años. Pensé que con decirle, madre, olvidado, ya te adaptarás, el tiempo haría lo suyo y volveremos a la normalidad, sería más sencillo. Pero me equivoqué, con la sordera se agudizaron los conflictos entre nosotras. Por desgracia, me despisto y al menor roce vuelve a estallar la chispa, si olvido el protocolo, ya no hay forma de disfrutar un minuto de serenidad, no digo hablar, porque a veces es mejor mantenerse muda. Esto es solo una muestra de lo que tengo que soportar en la cadena de reproches, reclamos, justificaciones, negaciones y promesas que resume nuestra relación.

Mi madre está mal porque tiene un problema con el tiempo, especialmente cuando come en casa y después no tiene nada que hacer. Me preocupa encontrarla tendida en el sofá como una morsa. Antes no le ocurría, antes tampoco estaba sorda de un oído y había gente a su alrededor. De pequeña, yo me iba a jugar con mi cuidadora cuando ella volvía de la facultad. Lo primero que hacía era ponerse ropa de estar en casa, preparar la comida y comer mirando la tele, luego se tomaba un café antes de sentarse al ordenador. Pasaba la tarde imprimiendo hojas hasta completar volúmenes que le entregaba al editor puntualmente. Ha publicado muchos libros y artículos y va a congresos en el extranjero. Además, dirige tesis, la verdad, ha trabajado como una jabata toda su vida para llegar a la cátedra, que se disputó, al parecer, con dos monstruos que no le llegaban ni a la suela de los zapatos, pero estaban enchufados por sus padres, esos legendarios popes. Eso decía, cuando veía cómo los citaban en las tesis y los invitaban a hacer parte de proyectos importantes, mientras que a ella no solo no la citaban, sino que la dejaban fuera. Claro que ella no se quedaba callada, pues cada vez que tenía la oportunidad les recordaba que había sumado mérito tras mérito, para llegar donde estaba, que nadie le había regalado nada. Les decía a esos pelotas que pretendían ganar puntos sin demasiado esfuerzo.

La recuerdo muy exigente, demasiado, por lo que comentan algunas personas que conozco. Aunque la verdad, eso no me interesa. Desde siempre supe que no quería ser como ella y me alejaba de lo que olier a monotonía de biblioteca o archivo, a horas interminables ante la pantalla del ordenador, esa pasiva actividad, la llamo yo: la tarde entera tecleando, rutina que interrumpía en el invierno para tomarse una taza de café; y en el verano una Coca Cola light, hasta que empezaba a ponerse el sol. Entonces apagaba el ordenador y se iba a la cocina a preparar la cena, la ensalada que tenía lavada y el filete de pescado que había dejado descongelándose desde temprano, además de la hamburguesa con patatas fritas, o la pechuga de pollo con bechamel que preparaba para mí.

Pienso que mi madre exageraba en eso de que obtuvo la plaza con el sudor de la frente, porque suerte no le faltó. Era su momento, si no le tocaba ese año le tocaba al siguiente, por una cuestión matemática. En aquellos años los popes se morían o se jubilaban y necesitaban gente para relevarlos. Ahí estaba mi madre, haciendo cola con los dos presuntuosos que iban de estrellas que, según ella, ganaron la plaza por un pelo, aunque no me cabe la menor duda de que tuvo que trabajar el doble para conseguir lo que a esos dos jetas les regalaron por sus excelentes relaciones, todo para instalarse cómodamente en el sistema y despreocuparse, tanto que hoy día, seguro que tampoco saben qué hacer con el tiempo libre, como no sea inventarse otro libro que nadie va a leer, salvo sus alumnos, por obligación.

Pero ahora mi madre tiene un problema muy gordo con el tiempo. Siente que se le escapó la juventud y ve en la monotonía una anticipación de la muerte. Eso de quedarse como un zombi mirando los anuncios, a la espera de cinco minutos de película, sin mostrar signos de desesperación, es mosqueante. Mientras tanto, la veo atrapada en el horror del vacío. Pienso que debería descansar de sí misma, pero su mente se resiste al abandono, tampoco quiere parar el acelerado ritmo de las mañanas ni la pasividad en las tardes, lo que hace forzando el cuerpo. Es como si sus neuronas le pidieran a gritos actividad a primeras horas de la mañana; y para no tener que pensar se conforman con un narcótico televisivo en las noches: mente perezosa, en cuerpo hiperactivo, dualidad a la que hago frente como hija única.

Cuando digo mente perezosa no me refiero a que no piense, no, todo lo contrario, ella piensa demasiado, se carcome por dentro intentando encajar aquello que no le cuadra, como si armara el cubo, un cubo en el que cada persona equivale al cuadrado de un color. Mi madre cataloga los cuadros por colores y es muy aficionada a las tipologías. Tiene una obsesiva inclinación por el “orden de cosas”, y por la búsqueda desesperada de razones, o para ser exacta, de mandamientos que yo achaco a su formación católica, de la que no se ha librado jamás, a pesar de haberse declarado atea ante sus padres, que por lo visto no la tomaron demasiado en serio, porque la casaron en una iglesia ante el altar, aunque sin el traje de novia tradicional. Ella piensa mucho, pero su mente elude las zonas que la inquietan o descontrolan. Sé que detesta divagar y fantasear.

¡Qué fuerte!, que acuda a mi mente la imagen de las nubes, volúmenes suspendidos en la atmosfera, girando alrededor de la tierra, hasta que una violenta agitación, un rayo, por ejemplo, las revienta y convierte en lluvia torrencial, como le sucede a mi madre cuando hace cortocircuito con

alguien. Puede ser que prefiera ser una planta que echa raíces y se aferra tenazmente a la tierra, aunque el rayo también fulmina al árbol.

Es evidente que mi madre está cargada de energía y no tiene en quien gastarla. Más me hubiera valido que se consiguiera una pareja, un hombre o una mujer, me da igual, para que me tocara solo la mitad, o mucho menos, porque la mitad ya me parece demasiado. Mi madre se separó, o mejor, mi padre se marchó con otra mujer cuando yo era solo un bebé, qué prisa debía tener el hombre por dejarla. Por eso en mis recuerdos domina la presencia de mi madre. Su figura lo abarcaba todo, desde que me levantaba, hasta que me iba a la cama, lo que más odiaba, porque no podía dormir y lo llevaba fatal. No es que tuviera pesadillas. A lo mejor era miedo a que me abandonaran. Por eso me convertí en una lectora voraz. Se lo tengo que agradecer, que me pusiera un libro delante de los ojos para torear el insomnio.

No voy a negar las cosas buenas de mi madre, pues gracias a que le sobra tiempo, siempre puedes contar con ella, lo que es una ventaja, pero hay zonas de alta tensión, de carga voltaica amenazadora. Te lleva al extremo y hay que tener muchas armas para defenderse. En resumen, señala con retintín mi egoísmo, que es real, si te paras a analizar el fondo del asunto. Por desgracia, con ella no se va al fondo, en todo caso al abismo. Estás entre la vida y la muerte: con ella, todo, así no lo quieras; sin ella, la nada, y encima la culpa. No es que me falten argumentos, conozco sus puntos débiles, pero esa tendencia al melodrama aturde, además, me aniquila el temor a hacerle daño con mi crueldad.

A veces, cuando me escucho hablar de mi madre me sorprende, es como si fuéramos enemigas, o ella o yo, pero las dos: imposible. Eso no pasaba cuando era pequeña y abarcaba mi todo mundo. La verdad, fui muy desgraciada, principalmente porque ese “todo” no era lo que más deseaba, tantos regalos que su desmesura ponía ante mí y me convertían en objeto de la envidia de mis primos. Ellos tenían lo mismo, pero no inmediatamente, ni por duplicado. Ahora que lo pienso, es flipante, pues cuando yo dudaba entre una u otra cosa, ella resolvía el dilema regalándome las dos. Por eso casi siempre rompía cuanto tocaba y me mostraba malhumorada. Claro que en momentos dulces me envolvía con cuentos de hadas y atractivos planes los fines de semana. Por lo general íbamos al zoo o al parque de atracciones en busca de emociones intensas. Se hacía lo que yo quería, aunque lo que más me gustaba era jugar con los primos, no importaba que nos peleásemos, pues nos reconciliábamos enseguida, los enfados no duraban más de un minuto. Tenía que ceder por estar en minoría, pero me lo guardaba, para que mi madre no me tomara ventaja en eso de imponerse, aunque ella estaba dispuesta a complacerme, no sé si por la culpabilidad de no hacerme caso durante la semana.

Mi infancia fue horrible, sobre todo, cuando tenía que ir a casa de mi padre con ese espanto de mujer que me hizo pasar tan malos ratos. De mi “no padre”, es mejor no hablar. De repente dejé de verlo, me negué a pasar los días del verano que me correspondían con él. No estaba dispuesta a soportar el monstruo que tenía por esposa, especie de bruja-harpía-zorra que te decía bonita, no dejes nada en el plato, mientras le echaba veneno al postre, o algún narcótico para que me fuera a la cama y

los dejara en paz viendo su programa favorito en la tele. La de veces que me levanté furiosa, con ganas de gritarle que merecía ser quemada en la hoguera.

Mi madre y yo acabamos discutiendo por cuestiones de forma, ella va al detalle, más que al sentimiento. No significa que no se esfuerce por comprender el mundo que la rodea. Por lo general se queja de la gente centrada en sí misma, ¿y ella?, me pregunto, ¿para quién vive si no es para sí misma? Hemos hablado demasiado, pero no sabe nada de mí. Estudié Derecho aunque no me gustaba, solo para evitar que me sermoneara con eso de que, “al menos saca un título que te servirá mucho”. Pero al terminar le anuncié que iba a estudiar lo que me gustaba de verdad, Arte y Diseño. Ahora no tengo claro lo que quiero, solo aspiro a ser original. Antes pensaba que quería casarme, tener una familia, y, sobre todo, muchos hijos para no acabar desquiciada como ella. Pero la verdad es que al verme a mí misma no me quedan ganas de hijos y eso de la familia, como clan, me parece demasiado tópico.

Por desgracia para mí, no pude huir de casa, ese sueño de liberación íntima y profunda. A los quince años me subieron a un avión rumbo a un país de habla inglesa para superar el complejo de mi madre de no haber aprendido inglés y pasar mucha vergüenza en los congresos internacionales, donde se sentía como los paletos chapurreando un inglés de pena. Así que gracias a su complejo me vi arrojada a la más completa soledad anglosajona. Nunca se lo he agradecido bastante, a pesar de los malos recuerdos. Ya van dos cosas que he recibido de ella: un libro y otro idioma, pero no es suficiente, porque el presente es un nudo que no puedo deshacer.

Hubo un tiempo en que a ella solo le importaba la literatura hispanoamericana e iba a la caza de autores y de libros sobre ellos, como si no existiera nada más. Cada miembro de su departamento se repartía un escritor y un país, que convertían en su propio territorio y mi madre eligió a Paraguay y a Roa Bastos, un pelmazo incomprensible. La de veces que se citó con él, cuando venía invitado a congresos o cuando presentaba un libro. Estaba pendiente del último artículo relacionado con él, sobre todo, por vigilar quién le pisaba el terreno, porque nadie en el departamento podía ocuparse del tal Roa Bastos sin que ella lo mirara con desconfianza. Así que durante mi infancia no oí hablar de otro libro que no fuera *Yo, el supremo*, que no hay forma de leer y que ella no paraba de estudiar porque decía que ahí estaba todo, la historia, el poder, bla, bla, bla...

En el fondo, Roa Bastos ocupaba el espacio vacío de la pareja, que llevaba muy mal. Claro que intentó ligar, al menos dos veces, pero fracasó estrepitosamente, como cuando se enrolló con un escritor argentino desconocido -aquí a nadie le sonaba su nombre-, que vino a hacer el doctorado y le pidió que le dirigiera la tesis. El hombre empezó a visitarla las tardes en casa, supuestamente para trabajar, pero no, la verdad es que le tiraba los tejos y, con lo renacuaja que yo era, veía que se aprovechaba, porque llegaba la hora de la cena y no se marchaba, como todo el mundo. Cuando en este país alguien se levanta y dice, tengo que hacer la cena, las personas recogen sus cosas y se despiden, saben que es hora de marcharse, pero él no, él decía, bueno, te ayudo, con ese acento que, en el fondo, me daba risa porque pronunciaba la /y/ como /ch/.

La primera vez que el argentino decidió invitarse a cenar, mi madre se quedó a cuadros y yo, ni corta ni perezosa, le dije, que te vayas, pero ella se puso roja como un pimiento y me condujo a la bañera, era el momento de darme un baño y ponerme el pijama, pues en casa cenábamos las dos en pijama, mirando la tele. No me imaginaba cómo íbamos a hacerlo con un extraño. Ese día, por suerte, mi madre resolvió poner la cena en la cocina. El hombre asumió el papel de ayudante y, mientras mi madre vigilaba los filetes, él preparaba una ensalada que la verdad le quedó estupenda, pues me la comí aunque odiaba las verduras, pero no le dije nada, no fuera a creérselo.

Así se metió Horacio en nuestras vidas con la disculpa de que estaba haciendo una tesis sobre el cuento argentino, lo que obligó a mi madre a leerse a todos los cuentistas habidos y por haber, para no pasar por ignorante ante ese hombre que sabía más que ella, lo cual no le gustaba. Así, de ocupar una posición subordinada como alumno, Horacio ascendió a la de odioso e insoportable especialista y mi madre tuvo muchas crisis. La oía contarle a su mejor amiga que le gustaba porque aprendía con él, pero odiaba que fuera tan arrogante. Por muchos conocimientos que tuviese el escritorcito, a ella le tocaba ordenarle el trabajo y hacerlo pensar, entonces sí que discutían acaloradamente, pero Horacio sabía cómo recompensarla y a la hora de la cena preparaba pizzas, lo que me volvía loca, porque con las pizzas venció mis resistencias y de esa forma me convertí en su admiradora número uno, pero muda.... el pobre, según mi madre, era perseguido político y tenía que andarse con cuidado, un secreto entre ella y yo, porque los abuelos no podían saber nada del asunto. Por ese motivo yo me sentía superior, pues a mí no me buscaba la policía y a él sí.

Por desgracia para mi madre las cosas acabaron mal cuando Horacio terminó la tesis. Ya me había acostumbrado a las pizzas y, de repente, se larga a su país, con la promesa de que volvería para quedarse, lo que según mi madre dijo con la boca chiquita. Ella estaba muy enamorada, pero no era tan tonta y de algo se daba cuenta. Por eso se propuso luchar por ese amor y darle otra oportunidad al tal Horacio. Entonces todavía salía por las noches con amigas, después de colocarme con una cuidadora o dejarme en casa de mis primos; no se encerraba, como ahora, a ver la tele tendida en el sofá igual que una morsa. Sin embargo, aquella etapa fue la peor de mi vida y empeoró con la ausencia de Horacio. El tiempo que nos quedábamos sin él, mi madre apenas se ocupaba de mí, se lo pasaba hablando por teléfono, contando lo mismo cien veces, gimiendo cada vez que lo nombraba. Su abandono hizo que yo deseara salir al mundo a hacer exclusivamente lo que me daba la gana, pero entonces, no era capaz de ir a la esquina sola.

El caso es que mi madre me dejó un verano en la playa con mis primos y se marchó a Buenos Aires. Ignoro los detalles de lo que pasó pero, en resumen, se supo que Horacio tenía una pareja con hijos. Mi madre no se lo podía creer, estuvo llorando el resto del verano escribiéndole cartas que llegaban mojadas con sus lágrimas. Pienso que esa frustración debió de haberle provocado un shock muy fuerte. Tenía cuarenta y tres años y veía alejarse con Horacio el sueño de una apasionada aventura destinada a acabar en el sosiego de un hogar lleno de sorpresas cotidianas, tal vez solo gastronómicas. Con este desconocido y perseguido político al que se propuso redimir, ella quería restituir la vida matrimonial que mi padre le había estropeado con su desamor. Pero nunca imaginé de qué manera la ruptura se iba a volver en mi contra, cuando tras su fracaso se centró con mayor esmero en mí. El

objetivo era moldear mi naturaleza y conducirme con trampas por la senda “adecuada”. El esquema era el siguiente: si no haces esto, no tendrás esto otro, y así, en un tire y afloje agotador para ella, porque la fuerza de mi adolescencia acabó imponiéndose sobre su chantaje. Reconozco que antes de irme a los Estados Unidos me porté fatal, necesitaba huir de ella y no podía hacerlo pacíficamente.

A veces, me acuerdo de Horacio y me da coraje pensar que en el fondo estoy pagando por su cobardía. De haberse quedado con mi madre yo sería un poco más libre y ella invertiría en él las energías que le sobran. Pero no, ahora estamos las dos solas y sus reclamos son un pesado fardo que se suma a mis cargas. Una vez Horacio le mandó una carta en la que le expresaba su gratitud por haberlo apoyado (él diría, *apochado*) durante el tiempo que estuvo escribiendo la tesis, en la que ni siquiera le dedicó una frase de reconocimiento, se quejaba mi madre. Lo recuerdo vagamente en alguno de esos viajes que hacen los hispanoamericanos en busca de contactos. Me parece que pretendía que le ayudara a buscar un editor para una novela publicada en Argentina, que a ella no le gustó nada. Había pasado demasiado tiempo y su golpeado corazón ya no respondía a los reclamos del pasado. Encontré a Horacio viejo, feo y presuntuoso, aún así, era inevitable añorar su compañía al lado de mi madre, discutiendo sobre temas literarios.

No sé por qué mi madre y yo nos enfrascamos en polémicas, cuando tendría que decirle a todo que sí, disculparme y prometer mejorar. Pero siempre me saca de quicio, por lo que llamo “su vocación para la tragedia”, a pesar del ácido sentido del humor, que no le falta, y del que hace gala en reuniones sociales, quiero decir, en las pocas oportunidades que se junta con otras personas, no digo en familia, cuando todos nos encontramos durante las vacaciones -aunque en los últimos años siempre hay un desertor, yo la primera-. Creo que su tendencia al melodrama se debe a la necesidad de inyectarse vida, lo que es una paradoja, ya que con las horas en el gimnasio parecería suficiente para sobrellevar la existencia, pero no, a ella le sobra tiempo y lo mata no solo con aeróbicos, sino además con sus desgarros interiores. Lo primero que hace desde las ocho de la mañana, cuando llega al gimnasio, es machacarse físicamente, en un combate cuerpo a cuerpo contra la obesidad que la amenaza. Luego, en casa, cuando vuelve de la facultad, lo pasa muy mal sola y me da mucha pena. Es obvio que necesita a alguien para no estar consigo misma, pero no sabe cómo retener a las personas, es más, las aleja con sus requerimientos y yo diría que se martiriza porque no le funciona la estrategia.

Desde que me conozco, quiero hacer algo diferente para no parecerme a ella, que a diario come la misma verdura con el mismo filete de pescado, después de haberse atiborrado de barritas contra el hambre. En cualquier caso, pone cierto entusiasmo en la preparación de la comida, porque le gusta la cocina y el protocolo se nota, ya que el resultado puede ser sorprendente, aunque hay épocas en las que se tortura con dietas tan estrictas con las que pierde mucha humanidad y poquísimo peso, una autoflagelación injusta. ¿Qué habría pasado si Horacio se hubiese quedado con ella? ¿Se hubiera abandonado a la rutina hogareña? ¿Sería una gorda y feliz madre que me abriría las puertas de su casa con una apetitosa pizza en el horno? Lo dudo.

Precisamente, dejarse llevar por las circunstancias es lo que ella no podría permitirse, porque tiene madera de conductora y le incomoda que otra persona asuma las riendas del grupo. Por esa razón

casi siempre entra en conflicto con los hombres que son líderes natos, como Horacio. Conscientes o no, son ellos los que te dicen cuál es el atajo que debes tomar para llegar antes. Antes ¿para qué, me pregunto? No es que quiera generalizar, pero los hombres de la edad de mi madre, con muy raras excepciones, responden a ese modelo, tipo líder, conductor, cazador, que te guía por el escabroso camino de la aventura y te lleva de vuelta al hogar sana y salva. Da risa ver cómo se comportan cuando ella les arrebató el liderazgo. Creo que por esa razón Horacio huyó despavorido a su infinita pampa. Es evidente que estoy pagando por ello y aquí estoy atrapada en este espejo del que no puedo salir sin volverme añicos.